Polonia

Estudios
Latinoamericanos

Sociedad Polaca de Estudios Latinoamericanos

ISSN 0137-3080

Original title / título original:

Legitimidad, etnicidad y política entre los aztecas

Author(s)/ autor(es): *Carlos Santamarina*

Published originally as/ Publicado originalmente en:
Estudios Latinoamericanos, 25 (2005), pp. 205-217.

DOI: <https://doi.org/10.36447/Estudios2005.v25.art8>

Estudios Latinoamericanos is a journal published by the Polish Society for Latin American Studies (Polskie Towarzystwo Studiów Latinoamerykanistycznych).

The Polish Society for Latin American Studies is scholarly organization established to facilitate research on Latin America and to encourage and promote scientific and cultural cooperation between Poland and Latin America.

Estudios Latinoamericanos, revista publicada por la Sociedad Polaca de Estudios Latinoamericanos (Polskie Towarzystwo Studiów Latynoamerykanistycznych).

Sociedad Polaca de Estudios Latinoamericanos es una asociación científica fundada con el fin de desarrollar investigaciones científicas sobre América Latina y participar en la cooperación científica y cultural entre las sociedades de Polonia y América Latina.

Legitimidad, etnicidad y política entre los aztecas

Carlos Santamarina¹

Comenta el arqueólogo norteamericano Michael E. Smith, especializado en el estudio de la Mesoamérica prehispánica, que la gente tiene hoy en día un gran deseo de ver el pasado en términos étnicos, puesto que, por ejemplo, ante las monumentales ruinas arqueológicas de Teotihuacan, la gente suele preguntarle: “¿quiénes eran: aztecas, toltecas, mayas o qué?” La respuesta flemática de Smith no parece contentarles: “simplemente, eran los habitantes de Teotihuacan, y desconocemos qué lengua hablaban o qué etiqueta étnica usaban.” [Smith 2003a: 4 (traducción del autor)].

Pues bien, nos proponemos aquí acercarnos a la cultura indígena prehispánica del área central mesoamericana – el Valle de México y alrededores – para plantearnos el papel de la identidad étnica dentro de la cultura azteca y su sistema político, y su pervivencia en época colonial.

¹ El presente trabajo es una versión ampliada de la conferencia pronunciada por el autor el 8 de Diciembre de 2003 en la Biblioteca de la Universidad de Varsovia – en sesión conjunta con José Luis de Rojas y Justyna Olko – bajo el título *The Indian Elites of the 16th Century: Identity and Strategies after the Conquest of Mexico*, incluida en el curso *Identities: Global, European, National, Local* organizado por la Universidad de Varsovia y la fundación Instituto “Artes Liberales”. Aprovecho la ocasión para agradecer las atenciones de los organizadores del evento, especialmente a los profesores Jerzy Axer, Jan Kieniewicz, Justyna Olko y Katarzyna Mikulska

La cultura azteca se desarrolló en el área central mesoamericana, tras la dispersión de los toltecas, y pervivió en forma autóctona hasta la conquista española². Sin embargo, su mayor desarrollo y expansión tuvo lugar en el periodo Posclásico Tardío, a través de dos fases: una de consolidación de un poder político centralizado, entre 1370 y 1428, conocido como el Imperio Tepaneca, y otro de expansión desde el área central hasta unos límites no igualados en la historia prehispánica, que identificaremos con el Imperio Mexica, también conocido como Triple Alianza de México–Tenochtitlan, Tetzaco y Tlacopan.

Enfrentémonos primero al problema del gentilicio *azteca*. Hoy en día es el más popular, sobretudo en el mundo anglosajón, pese a que cuando llegó Cortés, ninguno de los habitantes de aquellas tierras se hubiera reconocido en tal término: aunque buena parte de Mesoamérica estaba sometida a Tenochtitlan, la capital de Motecuzoma, no existía un único gentilicio que identificase a toda la población a él sometida, aunque sí puede hablarse de la lengua náhuatl como una *lingua franca* común a muchos de ellos.

Sin ánimo de entrar en disquisiciones excesivamente prolijas³, diremos que vamos a entender el término *azteca* en un sentido global, abarcando los diversos pueblos mayoritariamente de habla náhuatl del área central en el periodo posclásico medio y tardío. En el último periodo hegemónico prehispánico (*azteca tardío b*) encontramos dentro de tal grupo a los *mexicas*, con su capital Tenochtitlan encabezando un imperio de estructura tripartita que englobaba también como aliados a los *acoluhas*, con capital en Tetzaco, y a los *tepanecas* con capital en Tlacopan. El resto de pueblos aztecas – e incluso los dos aliados – pueden considerarse sometidos al yugo del llamado Imperio Mexica.

Sin embargo, uno de los rasgos que permiten hablar de los aztecas como unidad cultural es el hecho de que comparten una serie de mitos de origen que nos remiten a un lugar oscuro y misterioso que, entre otros muchos nombres, se denomina Chicomoztoc o “lugar de las siete cuevas”, identificado también con los antepasados, el cerro de la serpiente, los tules, o las fauces de la serpiente [López Austin y López Luján 1999: 46-50]. Precisamente, otra de las denominaciones de dicho lugar es Aztlan [Durán 1984 II, 18: 28; Castillo 1991: 113; Graulich 1990: 224], el topónimo que ha dado lugar al gentilicio *azteca*: los que proceden de Aztlan, y esa es una de las razones que justifican su uso en sentido global.

² Durante la etapa colonial, suele preferirse la denominación *nahua* para diferenciar la fase de desarrollo autóctono indígena de la colonial.

³ Lo fundamental del debate sobre la propiedad del gentilicio está en León-Portilla [2000] y en Smith [2003a: 4 y 2003b: 3-4].

El sistema político azteca

El concepto adecuado para describir la organización de la sociedad azteca es el de *estamento*, puesto que se trataba de una sociedad de clases dividida en dos grupos según nacimiento: los *pipiltin* o miembros de los linajes nobles constituían una élite guerrera beneficiaria del trabajo de los plebeyos o *macehualtin*, quienes estaban obligados a entregarles tributo en mercancías y en trabajo. Pese a la persistente atomización política y frecuentes enfrentamientos intergrupales, la clase dominante de los *pipiltin* disfrutaba de una cierta solidaridad interna en virtud de su comunidad de intereses, intrincados lazos de parentesco, intercambio de regalos, participación conjunta en ceremonias político-religiosas, etc.

En cuanto a la organización política azteca, la unidad fundamental – antes y después de la conquista española – es el *altepetl*, que James Lockhart define como *estado étnico* [Lockhart 1999: 27] y otros autores como *ciudad* o *ciudad-estado* [Carrasco 1996: 27-29; García Castro 1999: 36]. Los españoles lo mantuvieron y reutilizaron para articular su propio sistema colonial, traducéndolo usualmente como “pueblo”. La etimología de la palabra remite a uno de los característicos difrasismos de la lengua náhuatl: *in atl*, *in tepetl*, el agua, el cerro. La primera indicación es territorial, pero *altepetl* significa además, y principalmente, “una organización de personas que tiene el dominio de un determinado territorio” [Lockhart 1999: 27].

La organización interna del *altepetl* tenía como cargo de máxima autoridad el de *tlatoani* (usualmente traducido como “rey”), ostentado por el señor de mayor rango dentro del más elevado linaje. Cuando un *altepetl* tiene un *tlatoani*, se dice que constituye un *tlatocayotl* (reino, señorío). La aglutinación de varios señoríos da lugar al *huey tlatocayotl* que podría traducirse por estado en expansión e incluso por *imperio*. En el trono, en el *icpalli*, estaría el *huey tlatoani*, emperador o rey de reyes: tal era la posición de Motecuzoma Xocoyotzin a la llegada de los españoles.

A su vez, cada *altepetl* está constituido por unidades menores semiautónomas, denominadas generalmente *calpolli*⁴, que, a su nivel, también tenían un jefe. El sistema de poder se reproducía, por tanto, en las diferentes escalas de la jerarquía, de modo que el jefe de *calpolli* venía a funcionar como *tlatoani* de su grupo, así como el *huey tlatoani* – rey de un *huey tlatocayotl* o agregado de va-

⁴ Según fuentes y áreas de estudio, las mismas unidades se han denominado *tlaxilacalli*, e incluso *tecpan* y *teccalli* [García Castro 1999: 37].

rios *altepetl* – ocupaba una posición similar, al máximo nivel de integración política.

Esta estructura interna ha sido descrita por algunos autores como un *modelo piramidal* [García Castro 1999: 37], poniendo el énfasis en la jerarquía, mientras que otros se refieren a un *modelo celular* o *modular*, poniendo el acento en la simetría interna del sistema en cada nivel jerárquico [Lockhart 1999: 29].

En cualquier caso, el sistema era flexible frente a las cambiantes circunstancias políticas, pues permitía con relativa facilidad la aglutinación de unidades menores semiautónomas hasta formar la unidad superior, del *calpolli* al *huey tlatocayotl* pasando por el *altepetl* y el *tlatocayotl*. Dicha capacidad de articulación conlleva sin embargo una notable fragilidad – que se mostró con crudeza a la hora de la conquista hispana –, pues tal estructura hacía del faccionalismo y de la guerra males endémicos, donde cada *altepetl* debía continuamente buscar alianzas para evitar ser sometido por – o para someter a – el *altepetl* más próximo⁵. Esa continua competencia entre *altepetl*, y la consiguiente formación de unidades mayores, más efectivas para la guerra, posiblemente explica, junto con la importante alza demográfica del posclásico tardío, el proceso de centralización política que caracteriza globalmente tal periodo: primero Azcapotzalco fue el *altepetl* que más se desarrolló, englobando bajo su Imperio Tepaneca a la mayoría de sus vecinos entre 1370 y 1428; después, tras una guerra interna entre los integrantes de aquel *huey tlatocayotl*, sería México–Tenochtitlan el centro de la llamada Triple Alianza o Imperio Mexica, y extendería su dominio mucho más allá del Altiplano Central, hasta límites no alcanzados antes en el periodo prehispánico.

El factor étnico

Para Alfredo López Austin y Leonardo López Luján, el modelo político-ideológico dominante en el posclásico mesoamericano se caracteriza por una estructura multiétnica, un sistema de dominación política de tipo hegemónico y el militarismo imperante que impregna las relaciones políticas y sociales [1999: 40–45].

Los mismos autores afirman sin embargo la importancia del factor étnico en la consideración de la propia identidad: “desde la perspectiva indígena, cada gru-

⁵ De hecho, una de las estrategias de guerra más frecuentes según las fuentes consiste en que el estado expansionista intervenga – o al menos lo utilice como excusa – en un conflicto regional de parte de una de las unidades menores enfrentadas. Tenemos ejemplos relativos al último periodo prehispánico [Durán 1984 II: 267 y 383], e incluso también otros que atañen a la conquista española [Quezada 1996: 73].

po humano tenía un dios patrono, una profesión recibida de este dios y una lengua. La identidad gentilicia era un principio de primer orden en la vida política de los pueblos mesoamericanos.” [López Austin y López Luján 1999: 41].

Puede cifrarse el ámbito de lo que podríamos llamar “conciencia étnica” en el *altepetl*, e incluso en el *calpolli* [Lockhart 1999: 32]. La evolución política del área central mesoamericana hacia una mayor centralización, a la que nos hemos referido, impulsó la creación de estados supraétnicos, que, captando y reutilizando en su provecho recursos políticos e ideológicos tradicionales, aglutinaban, respetando en principio su orden interno, unidades menores y diversas desde el punto de vista étnico. Ello se hizo posible, en el plano ideológico, por la asunción, bajo la autoridad de un gobernante sacralizado, de las diversas deidades menores locales⁶. En el plano político, el modelo hegemónico mantenía un control indirecto sobre los *altepetl* subordinados, que gozaban de relativa autonomía en asuntos internos, con una dinastía gobernante local, mientras estaban obligados a prestar servicios en trabajo y en la guerra, así como a entregar un tributo periódico al *huey tlatocayotl* dominante.

Pero la presencia de dicha estructura multiétnica no se limitaba a establecer lazos políticos entre diversos territorios étnicos, sino que la mezcla étnica se manifestaba en el mismo seno de cada *altepetl*. Como ha señalado Pedro Carrasco:

En contra de la simple división del territorio náhuatl en una serie de tribus (...) Paul Kirchhoff insistió en la diversidad étnica dentro de cada señorío y habló de los que llamó pueblos compuestos que, aunque constituían unidades políticas y a veces migraron como una unidad, eran de hecho pueblos constituídos por diversos elementos étnicos cada uno de los cuales desempeñaba una función determinada dentro de la organización social del conjunto. [introducción a Reyes 1988: XIV–XV].

Así pues, la segmentación de las unidades políticas a la que hemos aludido refiriéndonos al sistema modular, junto a la mezcla étnica característica del pe-

⁶ Ambos planos, el religioso y el político, tienden a identificarse en la cultura azteca. Al respecto, parece significativo el hecho, señalado en algunas fuentes, de que los conquistadores mexicas trasladaran a su propia capital el adoratorio del dios local en lugares sometidos. Cuando a tal hecho se añade el traslado forzado del señor local a la capital dominante, con la excusa de atender al servicio religioso de su deidad étnica, queda de manifiesto el valor político de tal identificación [García Castro 1999: 59, 62]. Recuérdese en el mismo sentido que el propio cargo de *tlatoani* estaba sacralizado [Graulich 1998] y que uno de los estereotipos pictográficos más extendidos – por ejemplo en el *Códice Mendoza* – para expresar la toma de un *altepetl* es la imagen de un templo en llamas asociada a su glifo toponímico.

riodo que nos ocupa, dan como resultado una de las características principales del sistema político-territorial azteca, que Pedro Carrasco ha denominado *entreveramiento*. Consiste en el establecimiento de grupos sociales (quizá *calpolli* o unidades equivalentes) en territorio de otra unidad mayor, de otro *altepetl*, perdiendo así la continuidad territorial entre los diversos grupos menores componentes del *altepetl*. Esta práctica se hizo efectiva con varias finalidades:

a) como medio de trabar un alianza entre dos *altepetl*, pues al intercambiar unidades menores integraban ambos dominios entre sí.

b) por acogida de inmigrantes que admiten su sumisión a un *altepetl* a cambio de obtener tierras con las que mantenerse, obligándose de este modo a prestar tributo y servicio a sus señores.

c) con objeto de que el grupo insertado lleve a cabo labores específicas, o cause una influencia en el medio social en que se establece. Ésta puede ser desde la aplicación de técnicas agrícolas específicas, la aculturación de grupos heterogéneos a la tradición náhuatl (tolteca), o con la finalidad política de mantener un enclave no directamente integrado con su entorno, que puede ser útil para controlar, dividir u hostilizar al *altepetl* receptor en caso de necesidad (ver nota 5).

De nuevo, el mecanismo es integrador al no establecer una estricta adscripción territorial por criterios étnicos, pero conlleva un riesgo estructural de faccionalismo también característico del posclásico mesoamericano.

El resultado es pues un sistema de dependencia más personal que territorial, donde las obligaciones son sobre todo para con el señor superior, hasta llegar al nivel del *huey tlatoani*. La aplicación de estas estrategias durante generaciones dio lugar al complejo panorama político-territorial que caracteriza la última fase del periodo prehispánico.

Élites y etnicidad: el caso de Chimalpopoca

Como hemos visto, la división fundamental de la sociedad azteca era la que separaba a nobles de plebeyos, a *pipiltin* de *macehualtin*. Tal división parece haberse mostrado más poderosa, en la historia mesoamericana, que la que establecen criterios étnicos. Michael Smith [1986] propuso de forma convincente que los linajes gobernantes de las ciudades-estado mesoamericanas estaban ligados – incluso más allá de enfrentamientos y rivalidades políticas – por una serie de lazos pan-mesoamericanos que se traducían en intercambio de presentes, normas estilísticas compartidas, una ideología común legitimadora de los privilegios de los *pipiltin*, etc.

En efecto, la existencia de un estado multiétnico como el que hemos descrito implicaba una superación, por la cúspide de la pirámide de poder, del marco étnico, que tenía su máxima expresión en el *altepetl*. Los linajes gobernantes de los diferentes *altepetl* estaban relacionados entre sí y con el *huey tlatocayotl* hegemónico mediante líneas de parentesco y matrimonio que establecían alianzas dinásticas, transmitiendo el “calor” del poder desde el centro irradiador hasta los señores locales sometidos. Era la mayor o menor cercanía en dicha red dinástica del *huey tlatocayotl* la que determinaba la posición relativa de un señor local, al tiempo que le otorgaba legitimidad.

El centro hegemónico – Azcapotzalco primero y después Mexico–Tenochtitlan, si nos referimos al nivel superior del sistema político – concedía hijos de su propio linaje dirigente como gobernantes de lugares sometidos, o bien otorgaba mujeres igualmente emparentadas con su *huey tlatoani* – fundamentalmente hijas – como esposas de señores locales sometidos, cuya posición se veía legitimada, tanto a nivel interno como externo, al tiempo que se sancionaba su subordinación. Este segundo caso, recurrente en la tradición mesoamericana, constituye lo que Pedro Carrasco [1984] ha denominado *alianza hipogámica interdinástica*. La repetición tras generaciones de dicho esquema, junto con la búsqueda de alianzas dinásticas ventajosas y de la legitimidad otorgada al emparentar con un centro de prestigio, supuso en cierta forma la ruptura de los lazos étnicos que unían a los *tlatoque* (plural de *tlatoani*) con los súbditos de su propio *altepetl*. De este modo, la dinastía gobernante en Mexico–Tenochtitlan afirmaba su procedencia culhua, autodenominándose *culhua–mexica*, para reivindicar la carga de prestigio y civilización asociada a Colhuacan, heredero del antiguo esplendor tolteca, de la mítica Tollan.

En la fase hegemónica precedente, la tepaneca de Azcapotzalco, los mecanismos de difusión del poder y la legitimidad fueron similares, aunque el referente legitimador era otro: Xolotl, antiguo señor de Tenayuca y semimítico emperador de todos los chichimecas, origen ilustre que reivindicaban los *huey tlatocayotl* acolhua y tepaneca.

Precisamente, la posición de Azcapotzalco como centro hegemónico, emisor de nobleza, viene a ser subrayada en el siguiente texto de Fray Juan de Torquemada, relativo a los señores de Tlatelolco, tras haber recibido este *altepetl* mexicana como *tlatoani* a Cuacuapitzahuac, hijo del *huey tlatoani* tepaneca Tezozómoc, y adquiriendo así rango de *tlatocayotl*:

Y desde aquí comienza la Nobleza Tlatelulca, y se precian mas de Tepanecas, que de Mexicanos; porque aunque es verdad, que lo comun del

Pueblo, fue de Sangre Mexicana, los Señores, y Principales, como emparentaron con estos dichos Reies, yà la Sangre mezclada, les hace preciar-se de aquellos Señores de donde descenden y tienen origen. [Torquemada 1986 I (cap. XIV): 99].

Otro buen ejemplo de cómo un centro hegemónico imponía o concedía miembros de su linaje gobernante para emparentar con los de los linajes provinciales nos lo proporciona el propio Mexico–Tenochtitlan, antes de tomar el poder, cuando todavía era un *tlatocayotl* subordinado a Azcapotzalco. El segundo *tlatoani* tenochca, Huitzilihuitl, obtuvo una hija del *huey tlatoani* azcapotzalca. Uno de sus hijos, de nombre Chimalpopoca, fue designado sucesor: de este modo se fundía la dinastía mexica local con la tepaneca dominante, por matrimonio primero y por descendencia después, ya que el origen de su madre resultó determinante para la elección de Chimalpopoca.

Sin embargo, en 1428 estalló un levantamiento en el interior del imperio tepaneca, y varios de sus integrantes se aliaron contra sus señores y dominadores de Azcapotzalco. No es de extrañar que el primer capítulo de tal levantamiento fuera el asesinato de Chimalpopoca, entre otros señores tepanecas, a manos de los rebeldes: se trataba de deponer a un *tlatoani* mexica–tepaneca, impuesto desde el poder imperial, desarticulando así la alianza de sangre, de linaje, que unía y subordinaba Tenochtitlan a la capital tepaneca. Tras la victoria de los rebeldes se instauró en Mexico–Tenochtitlan una dinastía que reivindicaba un parentesco con los toltecas de Colhuacan, autodenominada *culhua–mexica*. Segada la rama tepaneca del tronco dinástico tenochca, se rompía también la relación de dependencia con Azcapotzalco. Se consumaba así un cambio en el poder hegemónico del área, y con él cambiaba el valor legitimador del origen étnico de las dinastías de los *altepetl* sometidos [Santamarina 1998].

Legitimidad Indígena Novohispana: El Códice García Granados

La conquista española y la fundación de la Nueva España significó el fin de los *huey tlatocayotl* indígenas, pero no acabó con los *altepetl* – que los españoles pasaron a denominar *pueblos* –, ni tampoco con las estructuras indígenas de poder, como José Luis de Rojas [2004] atestigua con sus investigaciones sobre la nobleza indígena en el periodo colonial. De hecho, las élites indígenas se mostraron pronto muy capaces de comprender que podían “negociar” su posición dentro del nuevo sistema de dominación, porque éste tenía necesidad de reutilizar estructu-

ras de dominación preexistentes para mantener organizados a los indígenas, e intacta su capacidad de producción [García Castro 1999].

En cierto modo, la posición de las élites indígenas seguía dependiendo de su capacidad de exhibir la legitimidad histórica de sus orígenes. Diversos nobles indígenas reclamaron – incluso mediante cartas en latín escritas al mismísimo rey de España⁷ – que les fueran reconocidas las rentas y privilegios que les correspondían por su legítima posición en “tiempos de su gentilidad”. Y en no pocos casos fueron atendidas.

Las tradiciones históricas orales, que antes de los españoles se conservaban con apoyo de los códices pictográfico–escriturarios, pasaron a verse a textos de escritura latina, ya fuera en lengua náhuatl o en castellano. La incipiente aculturación de la población indígena novohispana – y en especial la de su clase dirigente, entre los que encontramos a la práctica totalidad de autores indígenas–contribuyó además a introducir formas y argumentos literarios de origen occidental, y bíblico en particular, que pasaron a formar parte en no pocas ocasiones de dichas fuentes indígenas novohispanas [Christensen 1997]. Desde el punto de vista indígena, la producción de códices históricos se utilizó como medio de afirmar la antigüedad y proveer de legitimidad ante tribunales españoles a la nobleza nativa. Incluso, a fines del siglo XVII se generó una demanda de tales códices “antiguos” que fueron elaborados ex–profeso: son los conocidos como *códices techialoyan* [Smith 2003c: 31]. Este último caso pone de manifiesto particularmente la necesidad de las élites indígenas de generar documentos antiguos legitimadores de sus linajes.

Dicha pretensión, sin embargo, se hace siempre dentro de la organización política novohispana. De hecho, puede decirse que es manifiesta la conciencia étnica de muchos de los autores indígenas – o mestizos – novohispanos que nos han legado buena parte de las fuentes que manejamos para conocer la cultura azteca. Autores como el acolhua Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, el tenochca Fernando Alvarado Tezozómoc, el tlaxcalteca Diego Muñoz Camargo [Velazco 1999], o el chalca Domingo Francisco de San Antón Muñón Chimalpahin Cuauhtlehuanitzin [Schroeder 1994] son quizá los casos más destacados. Si bien

⁷ Ejemplos destacados son la carta de Azcapotzalco de 1561 y la de Pablo Nazareo de 1566 [Pérez–Rocha y Tena 2000: 213 y 333, respectivamente]. Ambas constituyen fuentes locales de gran valor en las cuales sus autores, nobles indígenas – de Azcapotzalco y Xaltocan, respectivamente – realizan sus peticiones al rey de España y para ello exhiben la historia de su *altepetl*. El uso de la lengua latina puede interpretarse como un signo de aculturación que se presenta como mérito añadido para obtener la benevolencia del soberano.

estos autores escriben con el objetivo consciente y patente de glorificar a su *altepetl* de origen, en ningún caso significa ello una oposición a la cultura cristiana y española dominante en su tiempo, sino que más bien se empeñan en hacer compatibles ambas tradiciones, o de insertar la indígena dentro del mundo novohispano⁸.

Nos referiremos ahora, para concluir, al curioso caso que nos presenta un códice pictográfico del siglo XVII–XVIII, en el que se muestra la persistencia de dichas tradiciones legitimadoras de la nobleza indígena, que se quiere hacer perfectamente compatible con la referencia de poder que supone la monarquía hispana.

El *Códice García Granados*, considerado dentro del grupo tardío de los *te-chialoyan*, nos presenta en su primera sección a Xolotl, antiguo y noble rey de los chichimecas, origen de la nobleza de los reinos acolhuas y tepanecas, dando fundamento y legitimidad a la red de linajes chichimecas que se representan, y que están dispuestos linealmente hasta desembocar en un espacio circular – denominado ‘Círculo del *Tepanecayotl*’ – que representa la máxima extensión y grandeza del Imperio Tepaneca de Azcapotzalco.

La finalidad del códice es mostrar la antigüedad y legitimidad del linaje chichimeca. En palabras de Xabier Noguez, “no se trata de la historia de un solo pueblo, sino más bien de una compleja demostración de la antigua legitimidad de ciertas ramas de *pipiltin* o nobles indígenas ligados a gobiernos de pueblos en la época colonial, así como el recuento de las tierras, en varias regiones, que gobernadores y miembros de la nobleza nativa reclamaban como suyas, basándose en su estatus de pertenencia al *tlacamecayotl* de las más prestigiosas casas señoriales.” [Noguez 1992: 10].

En el centro del llamado ‘círculo del *Tepanecayotl*’ (ver fig. 1) se nos presenta un interesante neologismo glífico que viene a ser emblema de la nación tepaneca. Lo llamativo es la simbiosis entre elementos pertenecientes a la tradición

⁸ Alvarado Tezozómoc, por ejemplo, canta las glorias de la historia mexica-tenochca en contraposición al vecino Mexico-Tlatelolco, siendo uno de sus primeros argumentos la precoz evangelización de sus ancestros nobles tenochcas en la primera época colonial [Alvarado Tezozómoc 1992: 4-10]. Idéntico argumento esgrimía como mérito Pablo Nazareo de Xaltocan a mediados del siglo XVI [Pérez-Rocha y Tena 2000: 333]. Pero sin duda el intento más audaz de hacer de la historia prehispánica local una tradición prestigiosa y compatible con el contexto político-cultural hispano-cristiano dominante es el de Alva Ixtlilxóchitl, quien llega a sugerir que su ilustre antepasado Nezahualcoyotzin de Tetzcoco se había alejado de sus dioses tradicionales intuyendo la pronta presencia de un dios todavía desconocido y verdadero, que naturalmente no es otro que el de los cristianos [Del Hoyo 1957; Baudot 1995].

Figura 1. El emblema tepaneca novohispano en el Códice García Granados.

escrituraria azteca (el basamento, el muro, el águila y el ocelote, el corazón, el *xihuitzoli*) y el estilo del emblema real de los Habsburgo que se halla en la parte superior de la misma sección.

La pretensión de los nobles chichimecas al elaborar este códice queda patente con el paralelismo gráfico buscado entre el escudo heráldico europeo y el emblema tepaneca novohispano elaborado con elementos tradicionales de la glífica prehispánica, pero según una sintaxis europea, con la que se pretende emular el escudo imperial, máxima expresión del poder en la Nueva España [Santamarina 2004].

Conclusión

El sistema modular organizador de las estructuras sociales y políticas, y el modelo hegemónico de dominación política aztecas demostraron su flexibilidad ante las diferentes coyunturas políticas que se sucedieron durante el periodo posclásico tardío. La capacidad de aglutinar unidades menores hasta formar otras mayores, y la estructura jerárquica de la clase dirigente, que se ocupaba de legitimar a las autoridades locales desde la autoridad hegemónica dominante, articuló la historia política azteca de forma efectiva.

La estrategia básica utilizada consiste en la reutilización de estructuras de dominación preexistentes, que permite a cada potencia hegemónica respetar en lo necesario las estructuras económicas y políticas, de producción y organización

del trabajo, que ya habían demostrado su efectividad. Su vigencia queda demostrada tanto en el sistema de dominación azteca como en el colonial novohispano.

Los tres cambios de dominación hegemónica sucedidos en el posclásico tardío – tepaneca, mexica y español – pueden ser considerados en ciertos aspectos como procesos similares, aunque no cabe duda de que el último de ellos introduciría a medio y largo plazo cambios mucho más profundos que los anteriores en la sociedad mesoamericana. Las similitudes estructurales a las que nos referimos responden a la necesidad de las autoridades locales de ver refrendado su poder por el centro hegemónico dominante – Azcapotzalco, Tenochtitlan o la Corona Española –, mientras dichos centros se reservan la capacidad de intervenir en los ámbitos regionales reorganizando las jerarquías locales y sancionando legitimidades según su conveniencia.

La afirmación de la identidad étnica no necesariamente fue un obstáculo a la aculturación indígena novohispana, como queda de manifiesto en los casos expuestos: son instituciones indígenas de origen prehispánico las que se están esgrimiendo como argumento para obtener una posición lo más privilegiada posible dentro del sistema colonial novohispano, o, por utilizar la expresión de René García Castro, para negociar el espacio político indígena.

BIBLIOGRAFÍA:

- ALVARADO TEZOZÓMOC Fernando, 1992, *Crónica mexicáyotl*, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, México D.F.
- BAUDOT Georges, 1995, Nezahualcōyotl, príncipe providencial en los escritos de Fernando de Alva Ixtlilxōchitl, en: *Estudios de Cultura Náhuatl* 25, pp. 17-28, UNAM, México D.F.
- CARRASCO Pedro, 1984, Royal marriages in ancient Mexico, en: H.R. Harvey y Hanns J. Prem (eds.), *Explorations in Ethnohistory: Indians of Central Mexico in The Sixteenth Century*, pp. 41-81, University of New Mexico Press, Albuquerque.
- CARRASCO Pedro, 1996, *Estructura político-territorial del Imperio tenochca. La Triple Alianza de Tenochtitlan, Tetzcoco y Tlacopan*, FCE, México D.F.
- CASTILLO Cristóbal del, 1991, *Historia de la venida de los mexicanos y otros pueblos e Historia de la Conquista*, INAH, México.
- CHRISTENSEN Alexander F., 1997, History, Myth, and Migration in Mesoamerica, en: *Aztlan* (e-journal) disponible en: www.ku.edu/~hoopes/aztlan/History.htm.
- DEL HOYO Eugenio, 1957, Ensayo historiográfico sobre don Fernando de Alva Ixtlilxochitl, en: *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia*, tomo XVI, n° 4, pp. 339-360, México.
- DURÁN Diego, 1984, *Historia de las Indias de Nueva España e Islas de Tierra Firme*, Ángel María Garibay K. (ed.), Porrúa 36 y 37 (dos vols.), México DF.
- GARCÍA CASTRO René, 1999, *Indios, territorio y poder en la provincia Matlatzinca. La negociación del espacio político de los pueblos otomianos, siglos XV-XVII*, INAH, El Colegio Mexiquense, CIESAS, México D.F.
- GRAULICH Michel, 1990, *Mitos y rituales del México Antiguo*, Istmo, Madrid.

- GRAULICH Michel, 1998, La royauté sacrée chez les aztèques de Mexico, en: *Estudios de Cultura Náhuatl* 28, pp. 197-217, UNAM, México D.F.
- NOGUEZ Xavier (ed.), 1992, *Códice Techialoyan García Granados*, El Colegio Mexiquense, México.
- LEÓN-PORTILLA Miguel, 2000, Disquisiciones sobre un gentilicio, en: *Estudios de Cultura Náhuatl* 31, pp. 307-313, UNAM, México D.F.
- LOCKHART James, 1999, *Los nahuas después de la Conquista. Historia social y cultural de la población indígena del México central, siglos XVI-XVIII*, FCE, México D.F.
- LÓPEZ AUSTIN Alfredo, y Leonardo LÓPEZ LUJÁN, 1999, *Mito y realidad de Zuyúá. Serpiente Emplumada y las transformaciones mesoamericanas del Clásico al Posclásico*, El Colegio de México y FCE, México D.F.
- PÉREZ-ROCHA Emma y Rafael TENA, 2000, *La nobleza indígena del centro de México después de la conquista*, INAH, México D.F.
- QUEZADA Noemí, 1996, *Los matlatzincas. Época prehispánica y época colonial hasta 1650*, UNAM, México D.F.
- REYES GARCÍA Luis, 1988, *Cuauhtinchan del siglo XII al XVI. Formación y desarrollo histórico de un señorío prehispánico*, FCE, México D.F.
- ROJAS José Luis de, 2004, *Cambiar para que yo no cambie. La nobleza indígena en la Nueva España*, Doce Calles, Madrid.
- SANTAMARINA Carlos, 1998, La muerte de Chimalpopoca: evidencias a favor de la tesis golpista, en: *Estudios de Cultura Náhuatl* 28, pp. 277-316, UNAM, México D.F.
- SANTAMARINA Carlos, 2004, Un emblema tepaneca novohispano en el Códice García Granados, en: *Actas del VI Congreso Internacional de Emblemática*, pp. 599-605, Society of Emblem Studies, A Coruña.
- SCHROEDER Susan, 1994, *Chimalpahin y los reinos de Chalco*, El Colegio Mexiquense, Toluca, México.
- SMITH Michael E., 1986, The role of social stratification in the Aztec Empire: a view from the provinces, en: *American Anthropologist* 88, 1, pp. 70-91.
- SMITH Michael E., 2003a, A Quarter-Century of Aztec Studies, en: *Mexicon* 25, pp. 4-10.
- SMITH Michael E., 2003b, *The Aztecs*, Blackwell, Oxford.
- SMITH Michael E., 2003c, Comments on the Historicity of Topiltzin Quetzalcoatl, Tollan, and the Toltecs, en: *The Nahua Newsletter* 36, pp. 31-36, Indiana University.
- TORQUEMADA Juan de, 1986, *Monarquía indiana*, Porrúa (3 vols.), México D.F.
- VELAZCO Salvador, 1999, Historiografía y etnicidad emergente en el México colonial: Fernando de Alva Ixtlixochitl, Diego Muñoz Camargo y Hernando Alvarado Tezozomoc, en: *Mesoamérica* 38 (diciembre 1999), Plumsock Mesoamerican Studies.